

La metafísica genética y la fundamentación de las ciencias, analizadas por Sevillano

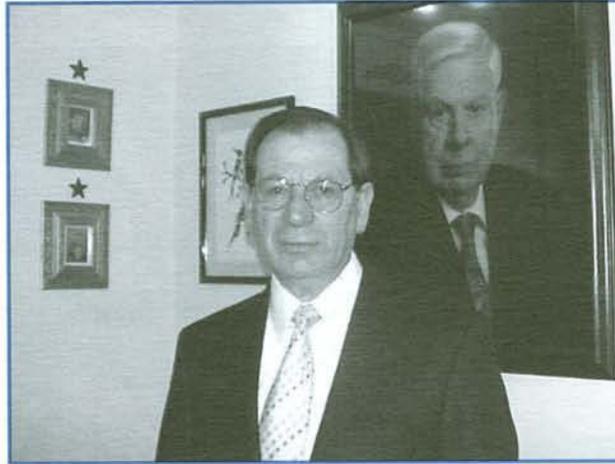
La metafísica genética de Fernando Rielo con su concepción genética del principio de relación es el supuesto inmediato de las ciencias experienciales y supuesto último de las ciencias experimentales. Las ciencias experienciales son las ciencias de lo cualitativo, y poseen por metodología la definición trascendental con la experiencia y la vivencia; las ciencias experimentales son las ciencias de lo cuantitativo y poseen por metodología la matematización formal con la experimentación y la técnica.

Se experimenta la cantidad de la materia, su comportamiento, su evolución, sus leyes, su transformación, su relación con la vida y con el ser humano; se experimenta la cualidad de la vida, el amor, la libertad, la justicia, la bondad, la perfección, la verdad, la hermosura, la solidaridad, la aspiración, la trascendencia.

Esta concepción profundiza sobre el ser humano, que es quien hace la ciencia; por tanto, estudia la historia y la vida, la cultura y el progreso, y, de modo especial, las causas de sus disgenesias ontológicas y espirituales, psicológicas y morales, culturales y sociales, biológicas y ambientales.

Todas las ciencias son fruto del diálogo entre seres humanos, pues las ciencias no dialogan entre sí. El diálogo es "comunicación entre personas". No hay, por otra parte, comunicación si no hay entrega, generosidad, amor, sacrificio.

La cuestión está ahora en saber qué es o quién define este diálogo: si es el ser humano desde sí mismo (solipsismo), si es el ser humano como sociedad (Inter-solipsismo), o si es "algo" o "alguien" trascendente al propio ser humano. No puede ser "algo" (materia, cosa o fenómeno) porque sería menos que persona; luego tiene que ser "alguien" absoluto, dialogal absoluto o perfecto, (y no puede haber dialogal absoluto si no es constituido por personas divinas), cuya presencia nos defina constitutivamente y sea presencia real de un modelo absoluto real que forme, con



El Dr. Sevillano, en su residencia de Nueva York.

unidad, dirección y sentido, el diálogo del ser humano.

El gran problema consiste en cómo formar bien en nosotros esa presencia del absoluto dialogal (que unos llaman Yavé, otros Alá, otros Dios, otros "materia", otros "sociedad", otros "vida", otros "fuerza o energía", etc.), sin la proyección de nuestro egocentrismo con nuestros propios intereses y tendencias; sin la proyección de nuestros prejuicios con el influjo negativo de una mala formación familiar, cultural, educacional y ambiental; sin la proyección de actitudes psicológicas anómalas con la racionalización de las mismas y solapadas por los mecanismos de defensa y justificación; sin la proyección de actitudes voluntaristas y solidarias de amistad, costumbre, grupo o cultura, que dan lugar no a reforzar la realización de la persona y de la sociedad, sino a deformidades y degradaciones que embrutecen e insensibilizan la conciencia de los individuos y de la propia sociedad. Esto es lo que dificulta que la divina presencia constitutiva del modelo absoluto esté bien formada, esto es sea auténtica, corroborable y verificable por nuestra experiencia vivencial: "por sus frutos conoceréis si lo que afirman o atestiguan es verdad".

Ha habido en la historia del pensamiento dos grandes periodos en la formación de un modelo absoluto general:

1º) Periodo teocéntrico, hasta Descartes, en el que el monoteísmo

unipersonalista ha tenido la primacía, refrendado por filosofías con vocación metafísica.

2º) Periodo antropocéntrico, a partir de Descartes, en el que el hombre, centro del pensamiento, ha incurrido en el vacío caótico de las distintas filosofías sin metafísica: idealismo, materialismo, fenomenología, existencialismo, estructuralismo.

3º) Periodo teantrópico que inaugura, según mi opinión, la metafísica genética de Fernando Rielo, que tiene como centro la concepción genética del principio de relación en conformidad con los dos niveles: racional y revelado.

El movimiento teantrópico es, para Fernando Rielo, la acción de Dios en el ser humano con el ser humano, esto es, el ser humano ha quedado elevado al mayor rango posible: mística u ontológica deidad formada por la divina o metafísica deidad. Él es, en este sentido, el homo mysticus, en el que, roto el síndrome autista de su propia identidad en su propia identidad, se comunica con sus semejantes con la misma comunicación de amor que se tiene con las personas divinas: éste es su modelo de actuación, de creatividad y de existencial vivencia.

La experiencia vital, no matematizable, incomparablemente más amplia y rica que toda experiencia sensible o sensorial (dirigida al bienestar y desarrollo materiales, y al dominio de la naturaleza para los fines honestos del ser humano), es la que siendo deificada por las personas divinas, nos deifica en un amor creacional que se proyecta, como afirma Fernando Rielo, en la concepción mística de todas las ciencias del hombre, sobre todo, en una concepción genética de la ontología con supuesto en una concepción genética de la metafísica. Las ciencias experimentales son, finalmente, el soporte físico de las ciencias experienciales; por eso, las dos metodologías están abiertas entre sí.

José María López Sevillano
PhD en Filosofía y Lic. en Teología